



## Gaceta de la Fundación José Antonio Primo de Rivera

nº 322 (2ª Época). Julio 2019.

**“Ya sabéis que quien lleva con más orgullo el distintivo de las tres estrellas de plata de la Milicia y con ellas al pecho os ha conducido al través de tres años de lucha hasta las horas presentes del crecimiento, estará a vuestra cabeza, pase lo que pase, en el instante decisivo, y con la ayuda de Dios os hará entrar en la tierra prometida de nuestra España una, grande y libre.»...**“

### EN ESTE NÚMERO:

- 1. Clarín citado por José Antonio.** *José María García de Tuñón Aza*
- 2. Reacciones inconscientes.** *Manuel Parra Celaya*
- 3. Aquilino y la memoria.** *José María Ramírez Asencio*
- 4. Nosotros los hispanos.** *Carlos León Roch*
- 5. Víctor Amela presenta “Yo pude salvar a Lorca”.** *Evaristo Aguado*
- 6. “La División Azul” la obra definitiva.** *María Fidalgo Casares*

Azorín dice refiriéndose a Leopoldo Alas Clarín que su obra está dividida en varias zonas o capas. Fue un escritor satírico, polemista, sus paliques han sido populares en toda España. Los escribía rápidamente, muchas veces en la mesa de un café y, según muchas opiniones, escribió la obra más importante en lengua española La Regenta, después de El Quijote de Miguel de Cervantes.

Leopoldo Enrique García-Alas y Ureña nació el 25 de abril de 1852 en la ciudad castellana de Zamora. Su madre, Leocadia Ureña, mujer de profundas creencias religiosas, hizo que su hijo fuera bautizado en la parroquia de San Juan de Puertanueva. Su padre, Genaro García Alas, asturiano, había llegado unos meses antes a Zamora nombrado gobernador civil (jefe político como se llamaba entonces) por el Gabinete de Juan Bravo Murillo. Clarín se sentía muy asturiano, aunque «me nacieron en Zamora», repetía una y otra vez; sin embargo eso nunca fue obstáculo para que sintiera por la capital castellana, como él mismo decía, «una especial predilección». En octubre de 1863, cuando Clarín contaba con once años de edad, su padre y con él toda la familia, se asienta definitivamente en Oviedo después de haber pasado por otras capitales españolas ocupando el cargo de gobernador civil, entre ellas León y Teruel.



En la capital del Principado comienza Leopoldo los estudios de bachillerato y después los universitarios habiendo concluidos éstos a los 19 años de edad con la licenciatura en Derecho Civil y Canónico. Al comienzo del curso siguiente se matricula en Madrid para hacer el doctorado en Leyes y cursar Filosofía y Letras. En Madrid alterna mucho con los asturianos: el escritor y periodista Tomás Tuero y el novelista Armando Palacio Valdés. Con ellos funda la revista Rabagás, cuya publicación duró muy poco tiempo pues solamente fueron cinco números los que verían la luz. Escribió en otros medios, y fue en el semanario El Solfeo donde estrenaría el seudónimo de Clarín cuando le faltaban unos días para cumplir 23 años. En el Ateneo de Madrid y en su biblioteca escribió la mayor parte de su tesis doctoral sobre El Derecho y la moralidad dirigida por el catedrático Francisco Giner de los Ríos. La tesis la leyó en julio de 1878 obteniendo la calificación de Sobresaliente, opositando a los pocos meses a la cátedra de Economía Política y Estadística que estaba vacante en la Universidad de

Salamanca, pero a pesar de tener la mejor calificación de todos los opositores, el ministro de turno no le concedió la cátedra. Más tarde, el primer Gobierno liberal de la Restauración, repara esta injusticia y en 1882 explica la disciplina, a la que había opositado, en la Universidad de Zaragoza y en esta ciudad vive los primeros meses de su matrimonio ya que se había desposado con la señorita Onofre García Argüelles, en el mes de agosto de ese mismo año. Su estancia en Zaragoza dura solamente lo que es un curso pues al siguiente consigue su más ardiente deseo: dar clase en la Universidad de Oviedo donde explicaría durante cinco años Derecho Romano y, hasta su muerte, Derecho Natural.

El año 1885 aparecen los dos volúmenes de *La Regenta*, obra que hace que el gran escritor aumente su mala fama entre algunos sectores de opinión que no le admiten como crítico, hasta tal punto que la derecha civilizada de Zamora que se sentía orgullosa del escritor a principios de 1883 deshaciéndose en elogios hacia él comienza a tomar posiciones contrarias; cuando fallece. Algunos medios de esta ciudad, sobre todo los conservadores, despacharían su muerte con solamente media docena de líneas. Sus críticas siempre eran esperadas con impaciencia para más tarde producir adhesiones o, todo lo contrario, enorme irritación porque manejaba con mucha habilidad la sátira y la ironía, lo que valió que tuviera que llegar a escribir: «Yo, tengo contra mí la prensa neocatólica, la prensa académica, la prensa librepensadora, de escaleras abajo, parte de la prensa ultrarreformista, la crítica teatral...».

Clarín propugnaba la separación del Estado y de la Iglesia, lo mismo que más tarde haría Falange Española: «La Iglesia y el Estado concordarán sus facultades respectivas, sin que se admita intromisión o actividad alguna...», dice la norma programática número 25 de FE-JONS. Así, pues, muy posiblemente José Antonio Primo de Rivera, que había leído a Leopoldo Alas, se sintiera influido por éste porque Clarín influye sobre lo mejor del pensamiento español, llegan a escribir algunos. Por eso no es extraño que cuando José Antonio Primo de Rivera escribe el prólogo al libro *La dictadura de Primo de Rivera juzgada en el extranjero* que recoge las opiniones de hombres de Estado, diplomáticos, técnicos, periodistas etc. sobre su padre, termine con estas palabras: «Y no se olvide que, como dijo Clarín, “la distancia tiene a veces ciertas virtudes del tiempo; los países extraños suelen hacer el oficio de posteridad”».

A partir de aquí, algunos estudiosos de José Antonio quisieron saber dónde había escrito Clarín esas palabras. La frase forma parte de un palique publicado el 4 de noviembre de 1892 titulado *Historia del descubrimiento de América*, por Emilio Castelar y que Azorin recoge en el libro *Páginas escogidas*. Él escribe el prólogo y hace la selección de artículos. El escrito da comienzo con las mismas palabras que reproduce José Antonio y que muy bien, podía haberlas leído en un libro de los que

había en la biblioteca de su padre ya que dada la amistad que el general tenía con Azorín es lógico pensar que éste le haría llegar todas sus obras.

Leopoldo Alas fallecería en Oviedo el 13 de junio de 1901 después de cumplirse la esperanza que había confesado en el prólogo de sus Cuentos morales, que decía: «Mi leyenda de Dios queda, se engrandece, se fortifica, se depura y espero que me acompañe hasta la hora solemne pero no terrible de la muerte». Y así fue, porque rodeado de los suyos y de sus íntimos murió tranquilo y conforme, con la dignidad con que había vivido, nos recuerda su entrañable amigo Adolfo Posada. Introducido el cadáver en un modesto féretro fue llevado a la capilla de la Universidad ovetense y de haber estado en Oviedo aquel día, muy posiblemente hubiera celebrado las honras fúnebres el obispo fray Ramón Martínez Vigil, O.P. con quien el escritor había tenido sus más y sus menos.

Leopoldo Enrique García-Alas y Ureña, Clarín, fue enterrado en el cementerio de Oviedo y en su sepultura se puede leer esta inscripción: «Rogad a Dios por él».

## 2

### Reacciones inconscientes

Manuel Parra Celaya

La Psicología profunda abrió explicaciones plausibles sobre aquella parte de nuestra personalidad que no obedece estrictamente a criterios de razón y destapa la válvula a reacciones nacidas de impulsos soterrados, luego, Jung desarrolló aspectos que, más que nacer del *almario* individual o responder a problemas o traumas personales provienen de lo que llamó el inconsciente colectivo.

Tengo serias dudas de que esta teoría no esté emparentada con aquel espíritu del pueblo de los románticos alemanes, con el que no estoy de acuerdo en absoluto, pero no dejo de comprobar que, en los colectivos, se ocultan resortes insospechados que responden a una especie de memoria común (Dios me libre de llamarla memoria histórica), difícilmente explicables para el sociólogo. Veamos dos casos concretos entre los españoles y, sin pretender sentar cátedra por mi parte, observo que son fácilmente comprobables para un observador imparcial y objetivo.

El primero lo podríamos centrar en Cataluña, si bien es ampliable a otros lugares de España donde ha germinado la infausta semilla del particularismo nacionalista, vulgo secesionismo, y se refiere en concreto al clero. Responde algo a aquella agudeza de Foxá, que dejó dicho que los españoles siempre acompañamos a los curas, o con un cirio delante o con un palo detrás, observación humorística tomada de una serie de evidencias históricas.

Pues bien, con la deriva claramente separatista de una buena parte de sacerdotes, diáconos (así firman sus manifiestos), de obispos y de cándidas monjitas, encabezadas por las Superiores, da la impresión de que ese inconsciente colectivo tiende a resucitar una impronta anticlerical en nuestros lares, especialmente entre el sector de ellos creyente y practicante por más señas, que no se resigna a callarse cuando los púlpitos se convierten en atriles mitinescos, los campanarios en mástiles de

esteladas y los tablones de anuncios parroquiales en muestrarios de lazos amarillos.



Lo grave de esta reacción inconsciente de muchos ciudadanos españoles -ahora llamados unitarios, cuando la expresión de ambos términos

es totalmente redundante- se puede traducir en un perjuicio, no para el sedicente clero que ha abrazado el secesionismo, sino para la inmensa labor evangelizadora, humanitaria, cultural y misionera de la Iglesia Católica; puede ser anecdótico la negativa a marcar con una X la casilla de la declaración de la renta, pero aún tiene más alcance cuando las actitudes de quienes han confundido su misión religiosa con su fanatismo político en pro del nacionalismo llevan al católico de a pie a plantearse serias dudas sobre temas que afectan a la Fe; de no pisar un templo determinado, cuyo servidor ha convertido en un casal separatista a dar la espalda a la práctica religiosa o a desconfiar del Dogma, puede haber un paso, especialmente si la formación se ha quedado anclada en aquel catecismo de la Primera Comunión.

El segundo caso también podría sintetizarse en otro dicho famoso, esta vez de Eugenio d'Ors: A los españoles acostumbran a picarnos las pulgas de la pelliza de Viriato. Ha venido dada la situación por el (desafortunado) desembarco del Sr. Valls en la política catalana y las subsiguientes intromisiones de su mentor, Monsieur Macron, en cuanto a qué y con quién se puede o no pactar en los tratos poselectorales.

Muchos españolitos han sacado de sus sepulcros seculares a las sombras de Napoleón o, los más ilustrados, a aquellos Cien Mil Hijos de San Luis (que no eran tantos); la palabra gabacho se ha vuelto a poner de moda, y, en este caso, la perjudicada es la conciencia de europeidad -no de Bruselas, entiéndase bien-, que, queramos o no, forma parte del ADN nacional (recuérdese aquello de que España fue europea por voluntad propia, no por obligación); esta europeidad -mejor que europeísmo- es una necesidad a todas luces, y su carencia puede comprometer seriamente el futuro, ya no en el orden de lo trascendente, como en el primer caso de este artículo, sino en el de lo inmanente, aunque también importante. Independiente de las impertinencias de Macron o de sus satélites (con o sin mandil), el objetivo es configurar un hogar europeo, patria común de todos, en la que España pueda jugar un papel decisivo en el futuro.

No se trata de buscar culpables de estas reacciones inconscientes, en estos dos casos bien definidos (curas separatistas, franceses entrometidos), ni de denostarlas por atávicas y desmedidas, sino de conseguir que la racionalidad se imponga sobre ellas. Una Europa fiel a sus raíces, como decía San Juan Pablo II, y una Iglesia Católica fiel a su misión de transmitir el mensaje de Cristo, no los dictámenes lanzados desde Waterloo o Can Brians deben ser las miras de quienes no aceptamos ni el separatismo ni la mediatización foránea.

3

### Aquilino y la memoria

José María Ramírez Asencio

No conozco personalmente a Aquilino. Tengo amigos que sí, y por ello son acreedores de mi más sana envidia.

Aquilino vino al mundo en Sevilla, y aunque su infancia la vivió en Zufre y su adolescencia en el primer pueblo de la Sierra de Huelva si vas desde Sevilla, Higuera de la Sierra (en 1918 nació allí una de las más antiguas Cabalgatas de Reyes Magos de

España y él, que vio la luz por vez primera un día de Reyes de hace ochenta y ocho años, ha sido uno de sus pregoneros), y a pesar de haber vivido en Gran Bretaña, Estados Unidos o Italia desde muy joven, Aquilino es pura sevillanía. Les hablo de Aquilino Duque, una gloria de nuestras letras.

Semiescondido y cuasi clandestino novelista, articulista y ensayista pero, sobre todas las cosas, poeta, Aquilino ha sido trágicamente relegado en esta nuestra España a un conocimiento limitado a un ámbito geográfico (su Sevilla), intelectual (los iniciados) y político (su posición ideológica ha sido vista por esta izquierda miope que domina desde hace años, también, la cultura, como una discapacidad invalidante de su incuestionable valor literario). Que en su libro “El suicidio de la Modernidad” escribiera cosas como que los que mejor entendieron la letra y el espíritu de Ortega y Gasset fueron Octavio Paz y José Antonio Primo de Rivera, o que dijera en una conferencia pronunciada con ocasión del centenario del nacimiento de José Antonio en 2003, “he dicho en más de una ocasión que la actual Constitución es el lecho de Procusto en el que España no cabe a menos que se le amputen dos o tres regiones, y la labor principal de las fuerzas políticas es anestesiar a la nación para que se deje amputar sin ofrecer resistencia. La mejor manera de anestesiar a un pueblo es desacreditando su Historia y la mejor manera de desacreditar una Historia es contarla al revés.”, es decir, que no se haya mordido nunca la lengua en cuanto a sus ideas ni haya comulgado con ruedas de molino jamás, ni con Franco, al que mucho criticó, ni en democracia, no le ha ayudado mucho en esta, como ha dicho Pérez Reverte, “pobre, trágica y dura España”.

Aquilino estuvo a punto de entrar en un cierto Olimpo de escritores galardonados. Casi se trae a su Sevilla el premio Nadal el año 73, que en aquel entonces era más premio que ahora (todo lo catalán tan devaluado). Quedó finalista y se truncó su despegue, aunque logró el Premio Nacional de Literatura del 74. Fue con «El mono azul», una muy estimable novela hoy tristemente olvidada y desconocida para demasiados, al igual que casi toda su obra.

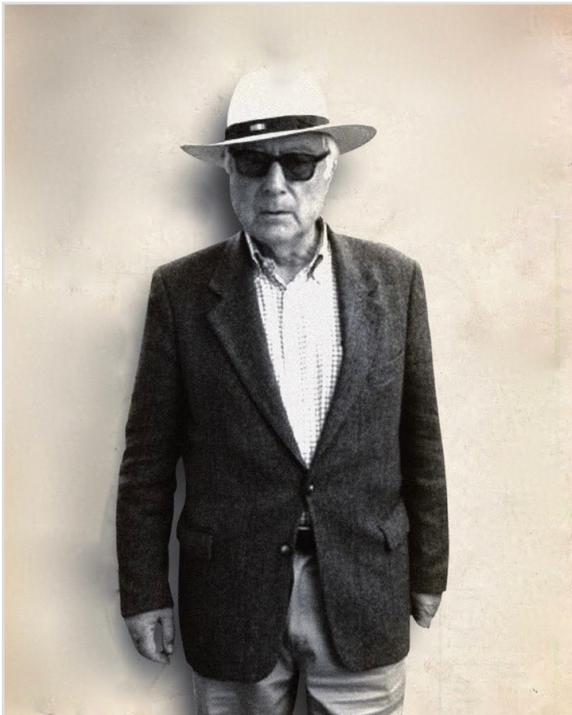
Aún así, Aquilino, gracias a editoriales casi siempre pequeñas pero beneméritas, ha visto publicada una extensa producción literaria, tanto ensayística como novelística y poética, que incluye hasta un maravilloso e imprescindible libro de viajes, «Crónicas extravagantes» su título.

Hace unos meses fue editado por una de esas protectoras editoriales, Renacimiento, un volumen imprescindible para los amantes de la buena lírica, que contiene su obra poética completa, y que lleva el título, lamentablemente no falto de verdad, de «La palabra secreta». Ahí se incluyen, entre un centenar de poemas, aquellos versos que Aquilino dedicó al Cristo de la Expiración del Cachorro a su paso por el puente de Triana...

*“...Esta noche, Manuel, tú sobre el río.  
Quién te puso corona de saetas,  
Cachorro de Sevilla...  
Quién pudo hacerte interminable el tránsito...”*

¿Podrá pagar Sevilla alguna vez la deuda que tiene con Aquilino Duque, aunque sólo fuera por estos pocos versos?...

Y, casi al tiempo, la Fundación Universitaria San Pablo CEU, a la que hay que dar gracias eternas, ha editado una obra que es una pura delicia para los que, como yo, amamos los libros y a los que los escriben, su título “Memoria, ficción y poesía”.



Después de esperar demasiado tiempo a que me llegara el ansiado ejemplar a través de una de esas plataformas digitales, ayer al fin pude tenerlo y, desde que lo abrí, no he podido despegar los ojos de sus mágicas páginas... porque Aquilino nos habla, en uno de los mejores castellanos que puedan leerse hoy en día, de un ramillete de escritores, tanto de Memorias como de novela y poesía, pertenecientes todos ellos a aquella generación que vivió y creó en la España posterior a la guerra civil, y que son la mejor demostración de lo falso de aquel tópico que calificó despectivamente como “páramo” el paisaje intelectual y literario de aquellos años

(y cabría recordar aquí, una vez más, esos dos emblemáticos artículos de Don Julián Marías, con veinte años de diferencia entre ellos “La vegetación del páramo” (1977), y “¿Por qué mienten?” (1997), en que ya el discípulo de Ortega y Gasset rebatía la condición de terreno yermo de nuestro campo cultural tras la contienda fratricida).

Surgido de un providencial ciclo de conferencias pronunciadas por Aquilino en el CEU de Madrid a petición de su entonces rector, su amigo el Catedrático de Historia Medieval Rafael Sánchez Saus, el libro, una auténtica joya, desgrana anécdotas memorables a la par que divertidas, reflexiones profundas pero entretenidas y, sobre todo, desarrolla una libertad y desinhibición que nos aparece hoy tan rara a la hora de describir personajes y amistades que en esta sociedad políticamente correcta se considerarían imposibles entre escritores situados en los extremos ideológicos (como el mismo Aquilino la tuvo con muchos, como, por ejemplo, Buero Vallejo), todo ello con una utilización de la lengua tan brillante como amena (“la amenidad es la cortesía

del escritor” en palabras del propio Aquilino), hablándonos de personajes como el extravagante y único César González Ruano, el hoy olvidado Pemán, Valle Inclán, Wenceslao Fernández Flores, Agustín de Foxa, Luis Rosales y otros muchos. Es un crimen de lesa cultura perder la ocasión de disfrutar de la escritura de Aquilino Duque...

Y, sobre todo, sería un crimen, casi un fratricidio, que su Sevilla natal y esta Andalucía demasiadas veces tan cainita, perdieran la oportunidad de rendirle el homenaje que merece, ahora que aún es tiempo. Va por ti, amigo mío sin conocerte, Aquilino.

4

## Nosotros los hispanos

Carlos León Roch

Sí, nosotros, los hispanos, "primero"... porque en países con profundos sentidos de raza, de supremacías culturales, políticas o económicas frecuentemente surgen gritos colectivos de ¡USA first! o similares, reclamando a sus gobiernos la preeminencia de los intereses de las poblaciones originarias, sobre las sobrevenidas.

También en España hemos oído en ocasiones ese grito, en error. Porque somos "hispanos", crisol de culturas, costumbres y razas vinculadas desde hace cinco siglos por profundos lazos familiares, por una lengua común, bajo la inspiración del cristianismo.



En USA cuando los, los usacos preguntaban a los marinos españoles "Where are you from?" (de dónde éramos), y al contestar "españoles" (spanish) siempre inquirían "spanish from?" (¿españoles de dónde?), ante lo que se respondía "españoles de España", porque para ellos cubanos, venezolanos, mexicanos... todos somos la misma familia, como también lo

somos para muchos de los hispanos de ambos lados del Atlántico. Y es que los USA (¡americanos son tanto los del norte como los del sur del Río Grande!) identifican a las 24 naciones que hablan español como “hispanos”...y no como “latinos”, ese hiriente vocablo que diluye las gestas hispanas y su comunidad de naciones

Estos años, ante la situación del mercado del trabajo en la “España europea”, por primera vez en la historia, son mayoría los que vuelven prematuramente a sus países de origen americanos, en relación a los que vienen. Y se vuelven, en ocasiones, con pocos ahorros, con frustraciones y con la sensación de que el esfuerzo y la aventura trasatlántica no se haya consolidado, bien con acomodarse con sus familias para siempre; bien para regresar con la misión cumplida y las esperanzas realizadas.

Entre los cuatro millones de parados que sufrimos, muchos de ellos, muchos de vosotros, hermanos hispanos, no disponéis de una adecuada cobertura económica para conllevar la amargura del desempleo. Y eso puede incitar a volver al amparo de las familias y amigos de allá.

Pero aquí se os necesita. Os necesitamos apremiantemente; no solo por vuestro trabajo, muchas veces ingrato pero imprescindible; no solo por vuestra disciplina y generosidad sino por vuestros hijos, que constituyen, hoy por hoy, la única posibilidad de supervivencia de la población española “de acá”.

Cuando la natalidad española no llega a 1,2 por mujer, y lleva así mantenida esta cifra durante muchos años, quiere decir que es imposible el mantenimiento de la población, cada vez más vieja, y abocada a la práctica desaparición...o a su sustitución por otra población – muy prolífica-ajena a la cultura y civilización que ha sido características de lo hispano.

Por eso nosotros, los hispanos de aquí, viejos en alarmante proporción, necesitamos de los jóvenes de allí, con vuestras mujeres y con vuestros 4-5 hijos que rezan en español y que dentro de dos generaciones se dudará al preguntarles ¿sois de Canarias?, pues apenas unos matices- los mismos que caracterizan a las diferentes regiones- permitirán identificarnos en nuestra diversidad unitaria.

Dentro de unos meses, o unos pocos años, la prosperidad, el trabajo y la ilusión volverán a residir entre nosotros. Prosperidad, trabajo e ilusiones compartidas.

Confiemos en disfrutar de ello con vuestros- nuestros hijos, y con vosotros.

¡No os marchéis!

“*Yo pude salvar a Lorca*”, más que una evocación del autor de *Romancero gitano*, es a la vez crónica histórica, reconstrucción ficcional e íntima biografía familiar: la poderosa y lograda novela de V́ctor Amela es un valeroso ejercicio de memoria, individual y colectiva. Un ejercicio de memoria que quiere aportar conciencia desde el presente al pasado de una guerra vesánica cuya úlcera sigue supurante en todas las familias españolas: la sangre de Federico García Lorca cae sobre todos nosotros... y al autor le ha reclamado este relato.

El propio V́ctor Amela nos cuenta como dió con esta historia que se la contó su abuelo materno.

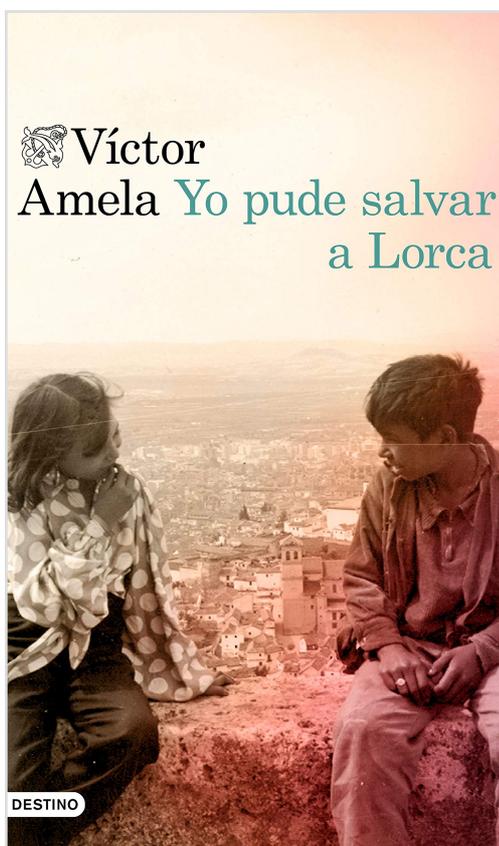
*Empezó a gestarse cuando yo era un niño de diez años, en 1970, y la he incubado desde que falleció mi abuelo, en 1990. Sólo entonces decidí viajar al corazón de la Alpujarra de Granada, a Torvizcón, pueblo en el que nació en 1906, en busca de pistas para entender quién había sido aquel hombre callado que una noche muy lejana, cuando yo era un niño, a solas con él en el minúsculo comedor de su piso aluminósico del barrio de la Trinidad, en el extrarradio de Barcelona, me susurró:*

*“Yo pude salvar a Lorca”*

*Nunca me atreví a preguntar, por pudor, vergüenza, descuido, respeto o miedo. Y por no haber preguntado cuándo pude, la desaparición de mi abuelo me impelió dolorosamente a atravesar su vida de silencios, una biografía olvidada,*

*callada, oscurecida, secreta. La de Manuel Bonilla, humilde pastor y labrador de La Alpujarra... y supuesto ganador de la Guerra Civil. Y así supe que mi abuelo pasaba clandestinamente a personas en peligro de la zona republicana a la zona sublevada..., y que se afilió a la Falange de Granada el día 14 de agosto de 1936... Dos días después, un adulator del gobernador detenía a Lorca en casa de la familia Rosales, conocidísimos falangistas de Granada...*

*Mi novela cuenta esa historia, y también rememora el día en que mi abuelo señaló el rostro de un hombre en el televisor: “ese es mi amigo”, dijo. Supe más tarde quién era: Luis Rosales, poeta de Granada, coetáneo de mi abuelo y amigo de Federico.*



*Con la técnica del novelista imagino los siete días y siete noches que Federico vivió en casa de Luis Rosales, las conversaciones nocturnas entre ambos poetas en presencia de Manuel Bonilla, mi abuelo... que aprenderá a leer durante la guerra, mediante un acuerdo con un maestro republicano al que encubrirá.*

*“Yo pude salvar a Lorca” es también crónica de mi búsqueda, azuzado por el desasosiego consciente de ser nieto de una guerra, hijo de una familia engendrada por la guerra: evoco los orígenes de mi madre, emigrada de Granada a Barcelona en 1953, y las derivas emocionales de aquellos días en ella y en mí. Es un relato que cruza siete decenios desde la sangrienta Granada del 36 hasta la Barcelona de aluvión de posguerra. Y hasta hoy.*

*Con “Yo pude salvar a Lorca” ilustro el drama íntimo de las familias de España laceradas por la guerra civil, hace 80 años... Dos familias de Granada amigas, los Rosales y los García Lorca, se separaron en el dolor y el silencio. Leedla como un canto a la amistad y a la dignidad humana irreductible.»*

Víctor Amela, barcelonés nacido en 1960 de madre granadina y padre de la Trinitat Vella de Barcelona, es novelista y es periodista. Decano de la crítica televisiva en la prensa española, la ejerce desde hace treinta y cuatro años en La Vanguardia, rotativo en el que co-creó la sección «La contra», donde lleva 2.400 entrevistas publicadas en los últimos veinte años, espoleado por una curiosidad que nunca sacia. Colabora en televisión y radio, es autor de la egografía *Casi todos mis secretos*, del breviario *Los Inspiradores de Amela* y de las novelas *El cátaro imperfecto* (2013), *Amor contra Roma* (2014) y *La hija del capitán Groc* (2016, Premi Ramon Llull). *Yo pude salvar a Lorca* es su última novela.

## 6

### “La División Azul” la obra definitiva

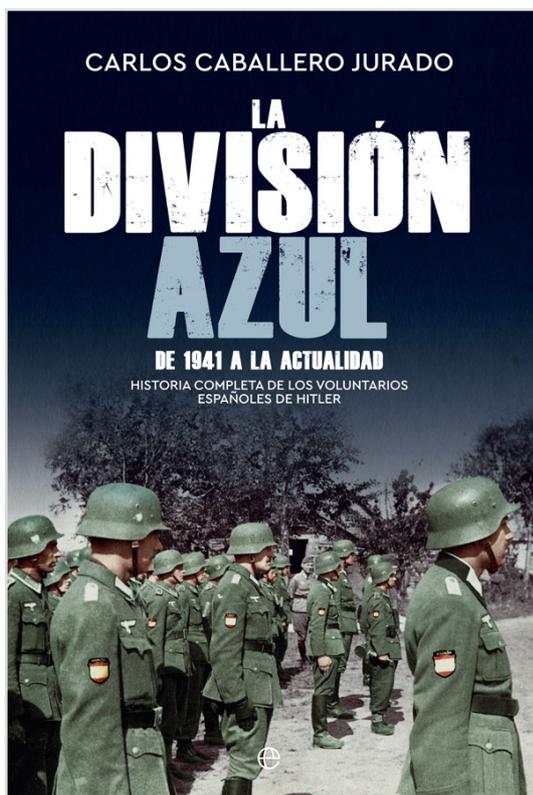
María Fidalgo Casares para Zenda Libros

Fueron nuestros compatriotas. Lucharon en primera línea en el frente ruso, el más letal de la II Guerra Mundial. Pese a constituir sólo una mínima parte de los ejércitos desplegados, destacaron por su valor sirviendo dentro del ejército alemán de la II Guerra Mundial, posiblemente la mejor máquina militar de la historia de aquel conflicto.

Por ello, fue una de las unidades más condecoradas, así como la de mayor nivel intelectual por contar con el más elevado número de universitarios registrado de las guerras en las que ha participado España. Si a esto sumamos que el propio Hitler, poco

dado a elogiar a nadie que no fuera alemán, llegase a alabar su desempeño en las batallas, no resulta difícil entender la inmensa fascinación que la actuación del contingente español en la campaña soviética sigue despertando tres cuartos de siglo después. Pero hay un sinfín de razones más.

Pese a la difícil tesitura editorial, estas dos décadas del siglo XXI pasarán a la Historia como una época sobresaliente por la cantidad y calidad de aportaciones bibliográficas relativas a todos los períodos de la Historia de España. Ello, añadido a que la II Guerra Mundial es la guerra “favorita” de lectores de todo el mundo, ha desencadenado que en el estudio de la División Azul hayan confluído rigurosos trabajos de investigación en sus distintos ámbitos: combates, los distintos cuerpos y servicios militares, biografías de sus integrantes... Sería difícil, además de muy injusto, destacar unos sobre otros. Como muestra de lo mucho y variado que se edita



citaremos las obras de los veteranos divisionarios Guillermo Díaz del Río (*Los zapadores de la División Azul*), y Sanz Jarque (*Alas de águila*), o de historiadores de la talla de Luis Togores y Gustavo Morales (*La División Azul, Las fotografías de una historia*), o el libro de Salvador Fontenla, *Los combates de Krasny Bor que*, por su gran interés, se reeditará en fechas próximas. Junto a ellas, otras ya reseñadas en Zenda como la de Juan Manuel Poyato (*Bajo el hielo y sobre el fuego: Historia de la sanidad en la División Azul*) y las de Francisco Torres (*Soldados de hierro y Cautivos en Rusia*), todas ellas de la Editorial Actas.

Por ello, está fuera de toda duda que la División Azul despierta a día de hoy mucho más interés que nunca. De ahí que su producción editorial desborde la historiografía para entrar en el mundo del memorialismo, la novela, o que existan incluso subgéneros como la “literatura del cautiverio”.

Tal vez el constatar la existencia de esta excelente y abundante producción ha sido lo que ha movido a La Esfera de los Libros a intentar ofrecer al público una obra global y compilatoria de lo mejor de lo mejor. Y qué mejor que encargárselo al mejor. Resultado: *La División Azul, de 1941 a la actualidad*, de Carlos Caballero.

Carlos Caballero Jurado (Ciudad Real, 1957) es uno de los más reputados expertos en la historia militar de la II Guerra Mundial —sobre todo del Frente del Este—, y más concretamente de los europeos alistados en la Wehrmacht alemana, para luchar contra Stalin y contra la amenaza del Ejército Rojo. Caballero ha estudiado a voluntarios de los países bálticos, belgas flamencos, franceses, caucasianos, ucranianos y también los exiliados “rusos blancos”. Ello le da una posición privilegiada y distintiva respecto al resto de los investigadores del tema. No en vano le avalan ocho títulos en la famosa editorial británica Osprey Publishing, dedicada a la historia militar, y sus obras han sido traducidas a once idiomas. Entre sus libros citaremos los imprescindibles *Morir en Rusia*, *El cerco de Leningrado* y *División azul: Estructura de una fuerza de combate*.

El autor es toda una referencia en la bibliografía divisionaria desde que comenzase hace casi cuatro décadas en la revista *Defensa* (revista en la que también escribía por aquellas fechas un jovencísimo Arturo Pérez-Reverte), y desde entonces no ha dejado de publicar libros, prólogos, reseñas, acotaciones y artículos, así como participar como experto en jornadas y simposiums sobre el tema.

Lo que es capital señalar es que tanto la intensa producción antes citada y las obras de Caballero, sin excepción, han contribuido de forma eficaz a desmontar estereotipos y flagrantes falsedades en ámbitos tan diversos como las motivaciones de los divisionarios, el desarrollo de operaciones, cifras sobre efectivos o detalles sobre organización de las unidades. Es casi una especialidad del autor el desmontar mitos que no por arraigados dejan de ser por completo falsos, como la participación de españoles en la defensa del búnker de Hitler, que jamás existió (algo que algunos historiadores de izquierdas han querido usar como prueba de cierta “complicidad con el nazismo”).

Debemos insistir, tal vez, en la efectividad con la que Caballero —siempre basándose en documentación y testimonios— rebate todo este interés “enconado” en negar la voluntariedad de los alistados, que se explica por no querer reconocer en estos anticomunistas la abnegación, el esfuerzo, el romanticismo y el idealismo, valores que en grado sumo exhibieron estos combatientes.

Sus 876 páginas confieren a la obra un carácter casi enciclopédico, pero su formato de 16×24 cm y la tipografía elegida hacen que resulte manejable. Su erudición no está reñida con un destacado planteamiento didáctico —no han caído en saco roto los 35 años de docencia del autor—. Ello lo hace un texto muy valioso para el que se inicia en el conocimiento de la División, con una rotunda capacidad de aplastar los mitos que le hayan podido llegar al lector aficionado, usando para ello la documentación y también la lógica “pura y dura”. Pero también la obra resulta crucial

para el investigador avezado. ¿Por qué? Por exhibir un gran equilibrio entre el ingente conocimiento, el profundo dominio de las fuentes directas y la maestría en el relato operacional.

Para aficionados y expertos, el autor ofrece en sus páginas una síntesis crítica de las aportaciones de la amplia bibliografía de los últimos 20 años. Y ha conseguido lo más difícil: dar ritmo a la concatenación de temas y conseguir el desarrollo global, no por agregación sino por integración. Además, no es un relato frío, sino que transmite con convicción y rigor las razones que movían a los divisionarios, más allá de las puramente bélicas, lo que sobredimensiona el relato castrense para navegar en la esfera de los sentimientos. El lector se sitúa muy cerca de lo que sintieron, padecieron, lucharon y por lo que murieron. El resultado: un texto que se configura como el mejor libro para conocer lo que fue la División Azul en su conjunto.

El capítulo I arranca con la famosa frase de Serrano Súñer: “*¡Rusia es culpable!*”. El detonante imprescindible... Tras él, una concesión lírica: cual banda sonora textual, el autor va titulando el resto de los capítulos con versos de las canciones que elevaban el ánimo de los divisionarios en las duras jornadas.



En el capítulo inicial, Caballero repasa las perspectivas históricas en las que debe situarse la División Azul, recordando cómo nuestro país jamás ha tenido conflictos con Rusia, pero debido a las experiencias traumatizantes del régimen del Frente Popular, cuando se lanzó la llamada a los jóvenes para un alistamiento contra la “Rusia Comunista”, este desbordó todas las expectativas. Y al analizar este tema descarta fundadamente las leyendas de levadas forzadas de las que tanto se ha hablado (que en realidad ya había desmentido hasta un informe interno del PCE de febrero de 1942). La verdad es que centenares de miles de españoles arrastraban “deudas pendientes” con el comunismo: asesinatos de familiares, camaradas y amigos; expolio de propiedades —no fincas ni grandes empresas, sino viviendas y bienes personales—; largas penas de prisión, las vivencias de las checas del terror rojo y el recuerdo indeleble del «muera España, viva Rusia» que tanto había publicitado el Frente Popular.

En realidad, para ellos la soviétización había provocado el estallido de la guerra en la que —además de los caídos en combate y los muertos en represalias políticas— decenas de miles de personas murieron de hambre y penalidades. Junto a estas heridas “físicas” estaban los nada desdeñables daños morales causados en las creencias más profundas de los millones de españoles de entonces, el catolicismo, con las profanaciones, destrucción y escarnio de tantos símbolos sagrados.

Por ello se alistaron excombatientes, pero también jóvenes que eran niños en la Guerra Civil y no habían podido luchar contra “los rojos”, familiares de asesinados, y republicanos arrepentidos de haber apoyado en su día al Frente Popular. Junto a estos perfiles, aparecen también los jóvenes que tenían lo que se conoce como “vocación militar” y que deseaban hacer de la milicia su forma de vida, y que esperaban que la campaña de Rusia fuera para ellos una gran escuela. (.../...)

<https://www.zendalibros.com/la-division-azul-la-obra-definitiva/>

Dentro de la libertad de expresión, la Gaceta de la Fundación José Antonio no limita los contenidos de sus colaboradores, siendo responsables de lo publicado los correspondientes autores. Para cualquier comunicación sobre este boletín o para recibirlo periódicamente en su buzón puede dirigirse a [fundacionjoseantonio@gmail.com](mailto:fundacionjoseantonio@gmail.com)